



Palabras de Mons. Alejandro Arellano Cedillo con motivo de la entrega de la Medalla de Oro de Castilla-La Mancha

Albacete, 31 de mayo de 2025

Excelentísimo Señor Presidente de Castilla-La Mancha, D. Emiliano García Page

Autoridades civiles, académicas y militares

Excmo Sr. Obispo de Albacete, D. Ángel Román Idígoras

Excmo Sr. Obispo Auxiliar de Toledo, Secretario General de la Conferencia Episcopal Española, D. Francisco César García Magán.

Señoras y Señores

Al expresarles mi sincera y profunda gratitud por la concesión de la Medalla de Oro, creo interpretar el pensamiento y los sentimientos de todas las personas y entidades reconocidas con estas distinciones.

Gracias, por el gesto que habéis tenido para mi persona; convencido que todo es gracia, es decir, un don, sin cálculos, sin méritos, sólo por generosidad, lo siento como un reconocimiento al “nosotros” que es la Iglesia, a la que pertenezco, a la que he vinculado mi vida y a la que sirvo con pasión en la administración de la Justicia en la Iglesia y en el Estado Vaticano.

Tenemos ante nuestros ojos el dramático escenario de la guerra, de la violencia fratricida; guerras que causan un inmenso dolor, víctimas inocentes, especialmente niños. Excesos que se verifican cuando se olvidan los principios fundamentales de una Sociedad, o bien aquellas máximas de justicia, libertad y caridad que Cristo ha predicado y la Iglesia difunde en el mundo. En vez de la deseada hermandad universal estamos asistiendo a la destrucción de vidas humanas. Y lo que es aún más



grave, en las actuales circunstancias histórico-sociales no se siguen, no se actúan los nobles criterios de la civilización cristiana.

De las Regiones del planeta desoladas por las armas y por el fuego, y de los campos impregnados por el dolor y el sufrimiento humano, este mañana dirigimos nuestra atenta mirada a otra Región, Castilla-La Mancha, en el que también se lucha, pero con armas incruentas, por la verdad, la justicia y el bien común, buscando el desarrollo integral de los pueblos y las personas.

En este horizonte lleno de rostros, imágenes y recuerdos, recibo este reconocimiento como un hijo de la Iglesia a la que debo todo cuanto soy y cuanto tengo. Iglesia que promueve la justicia, porque ésta es un valor central del Evangelio, y un elemento fundamental para la construcción de una sociedad pacífica y humana; una Iglesia que, a través de sus organismos e instituciones, se compromete con la justicia social en favor de los derechos de los pueblos y las personas; una Iglesia donde la fe y la justicia está profundamente vinculadas, porque la fe verdadera no es una cuestión de palabras sino la expresión de acciones concretas de justicia; una Iglesia llamada a ser arquitrabe misericordiosa del *Homo Viator* en los senderos accidentados de nuestra historia.

Castilla La Mancha ha sido, es y será la casa común de todos los castellano manchegos, es una relación sinfónica de notas diversas que unidas dan vida a una bella composición. No se trata de una sinfonía donde las partes están ya escritas y asignadas, sino la interpretación que, siguiendo la inspiración de Dios, ejecuta el sueño de una Región llamada a cantar con la voz y con la caridad la nostalgia, la experiencia y la esperanza de un mundo mejor, más justo y solidario.

Castilla La Mancha ha sido para mí, y para otros muchos castellano manchegos, como ese padre o esa madre que un día abrió los brazos para dejar marchar a sus hijos por otros caminos. Cuando somos llamados a trazar nuevos senderos nos invade una extraña sensación, hecha de miedo y valor, de trepidación y serenidad, de esperanza y tenacidad. En esta metáfora del padre o la madre que abre



los brazos para entregar sus hijos al mundo reside la audacia de la gratitud, de aquel saber donar sin pretensiones. Y todo ello nos lleva, me lleva a un compromiso: habitar con el corazón en Castilla La Mancha, y llevar Castilla La Mancha al corazón de la cristiandad, a la ciudad eterna, donde vivo.

He leído en algún sitio que los hombres son ángeles con una sola ala: pueden volar sólo permaneciendo abrazados. Y desde mi condición de creyente y obispo de la Iglesia, pienso que el Señor Jesús tiene una sola ala; la otra la tiene escondida, tal vez para hacernos comprender que no quiere volar sin nosotros: por esta razón nos ha dado vida, para que cada uno fuera su compañero de vuelo. Cada día le pido al Señor que me enseñe a vivir, porque vivir no es arrastrar la vida, no es desgarrar la vida, no es consumir la vida. Vivir es abandonarse, como una gaviota, al éxtasis del viento, vivir es saborear la aventura de la libertad, vivir es extender el ala, la única ala, con la confianza de quien sabe que tiene, en el vuelo, un compañero como el Señor.

Para todos aquellos que sientan que han perdido la fuerza interior, los sueños, el entusiasmo, la esperanza y la generosidad, ante nosotros se presente Jesús y nos dice a cada uno Levántate y camina. Levántate, significa “sueña” “arriesga”, “comprométete en cambiar el mundo”, vuelve a encender tus anhelos, contempla el cielo, las estrellas, el mundo en torno a ti. Levántate y camina. Queridos amigos castellano manchegos, cada uno de nosotros podemos responder a esta palabra de Jesús comprometiéndonos con vivir un servicio a la verdad, a la justicia y a la caridad, a la que todos estamos llamados, para construir una Comunidad autónoma cada día más verdadera, más justa, más libre y más bella para todos.

Que Nuestra Señora, la Virgen de los Llanos, la Virgen del Sagrario, os proteja, a fin de que, también en el futuro, Castilla La Mancha sea un lugar de fe y esperanza para todos nosotros.

Muchas gracias